

reconocimiento histórico, y su importancia en la culinaria universal, de productos vernáculos tales como tomate, tabaco, ají, yuca y maíz. De manera acertada, a este capítulo lo denomina el autor "Gracias, América". A continuación y bajo el rubro de "La cuestión es con calor", el lector encontrará subcapítulos como "Olores a chamusquina", "El calor húmedo; las maravillas del vapor" y "Cocinando en seco"; que se refieren a los múltiples sistemas y técnicas de cocción que posee la cocina. Propone un tercer capítulo: "A la caza del sabor", en el cual incluye, a manera de herbario, más de treinta hierbas y especias que en el hacer culinario sobresalen por su papel aromatizador de vinagres, mantequillas y licores. Mención especial merece el capítulo "Breve historia de la comida colombiana", perfecta síntesis de lo propuesto, la cual, a partir de cortos textos titulados de manera encantadora —por ejemplo, "Las desdichas del mal comer", "Los días del hambre", "Del apetito del rey a la mesa del virrey: la hora del chocolate", "La dieta del trabajador", "A la hora de comer, yantar", "La comida mulata, el legado del siglo XIX" y "El siglo XX, señores"—obligan al lector a aventurarse en dichas páginas, las cuales encontrará como una entretenida memoria del comer y el cocinar en Colombia.

Ahora bien: el libro obviamente posee su esencia netamente culinaria, tratándose de un extenso y muy bien seleccionado recetario, el cual, sin caer en chauvinismos regionales, nacionales o continentales, relaciona las más conocidas y representativas recetas de la cocina mundial, expuestas en lenguaje claro y coloquial, para

hacerlas permeables al más lego. Es en este campo donde el autor demuestra su amplio conocimiento de cocina, adobado de un gran humanismo y con el cual imprime un estilo diferente del común de los recetarios comercializados en nuestro medio. En otras palabras, este "cocinero culto" enfrenta necesariamente la clásica clasificación de un libro culinario (entradas, sopas, salsas, carnes, aves, pescados, vegetales, etc.) sin bajar la guardia para mantener un permanente entrevero entre su cocina y su saber. En consecuencia, la casi totalidad de sus capítulos, y en buena parte muchas de sus recetas, están "sazonadas" con anécdotas, leyendas, etimología, ciencia física y una pizca de buen humor.

Por lo anterior, no es osado imaginar que al lector desprevenido (ratón de librerías y asiduo lector de índices y contraportadas) le llamará la atención saber el por qué de la sopofobia de Mafalda. Le agrada saber que la Bili-Bi (sopa de almejas, tomillo y vino blanco) está considerada por Craig Claibor, comentarista gastronómico de *The New York Times*, como la sopa más elegante del momento. Se enterará de que el pollo a la Marengo era una de las recetas preferidas de Napoleón. Curiosidad completa le causará un texto dedicado a la etnología del coco; amén de verificar que tratamiento similar sufren en este libro plátano y arroz. Saber el origen geográfico del pollo, la vaca y el marrano, además de su "epopeya" para llegar a América... seguramente no le molestará.

En el mundo de los libros culinarios, una buena presentación es asunto fundamental. *La dicha de cocinar* cumple cabalmente con este requisito,

partiendo de una bella portada, de un original formato, de excelente diagramación y diseño interior, además de hermosas y sencillas ilustraciones. En su conjunto, estas características lo erigen en un sugestivo libro de cocina. Y es que en esto de "ser sugestivo", los libros de cocina poseen un verdadero reto, pues no se trata de atiborrar una publicación con "apetitosas fotografías", sino más bien de lograr un equilibrio entre lo gráfico y su contenido escrito; equilibrio alcanzado plenamente en esta publicación.

Acusamos con gran satisfacción la presencia en el mercado bibliográfico colombiano de *La dicha de cocinar*, libro que genera, aún en el más desentendido en asuntos culinarios, el interés de una mínima ojeada. Si leída esta reseña el lector encuentra ocasionalmente este libro en un estante de librería, esperamos que acepte nuestra invitación a correr el riesgo de verificar la bondad de su título.

JULIÁN ESTRADA OCHOA

Un panorama

The Colombian Novel, 1844-1987

Raymond Leslie Williams

Austin, 1991, 279 págs.

Versión castellana:

Novela y poder en Colombia: 1844-1987

Bogotá, 1991, 273 págs.

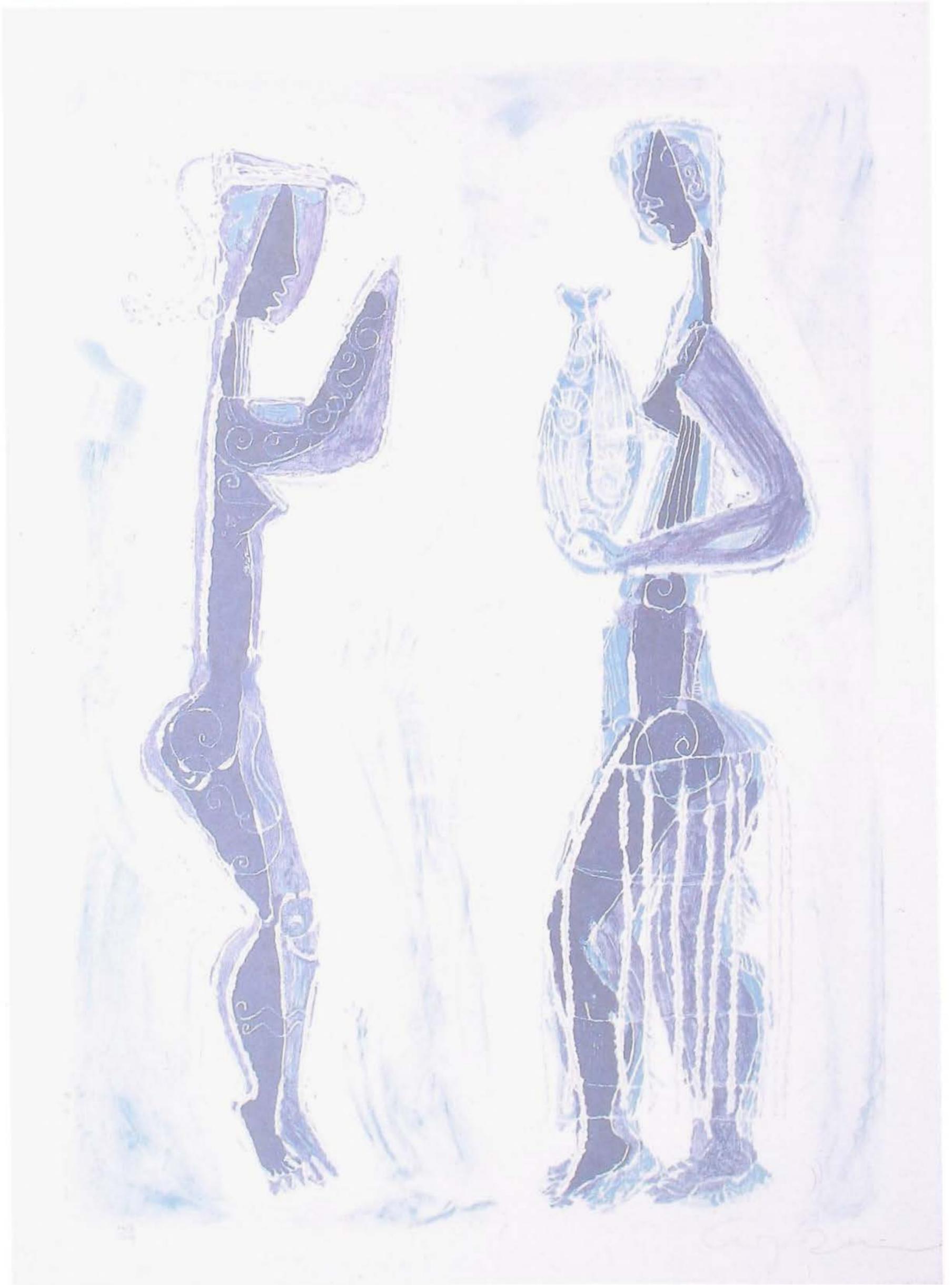
Raymond Williams, no obstante su juventud, tiene contraído un compromiso sólido con las cosas colombianas. Lo atestiguan títulos cuidadosamente documentados y ejecutados con entusiasmo y con cariño, tales como *Dos décadas de la novela colombiana* (1981) y, más recientemente, la monografía excelente sobre la vida y las obras del laureado Nobel 1982 (*Gabriel García Márquez*, Boston, 1984). Lo corrobora la Asociación Norteamericana de Colombianistas que fundó hace unos diez años y que, hasta ahora, permanece como la única entidad de su tipo en los países de Latinoamérica. Lo demuestra la Re-

**LEGADO DE
CASIMIRO EIGER
COLECCION PERMANENTE
BIBLIOTECA LUIS-ANGEL ARANGO**

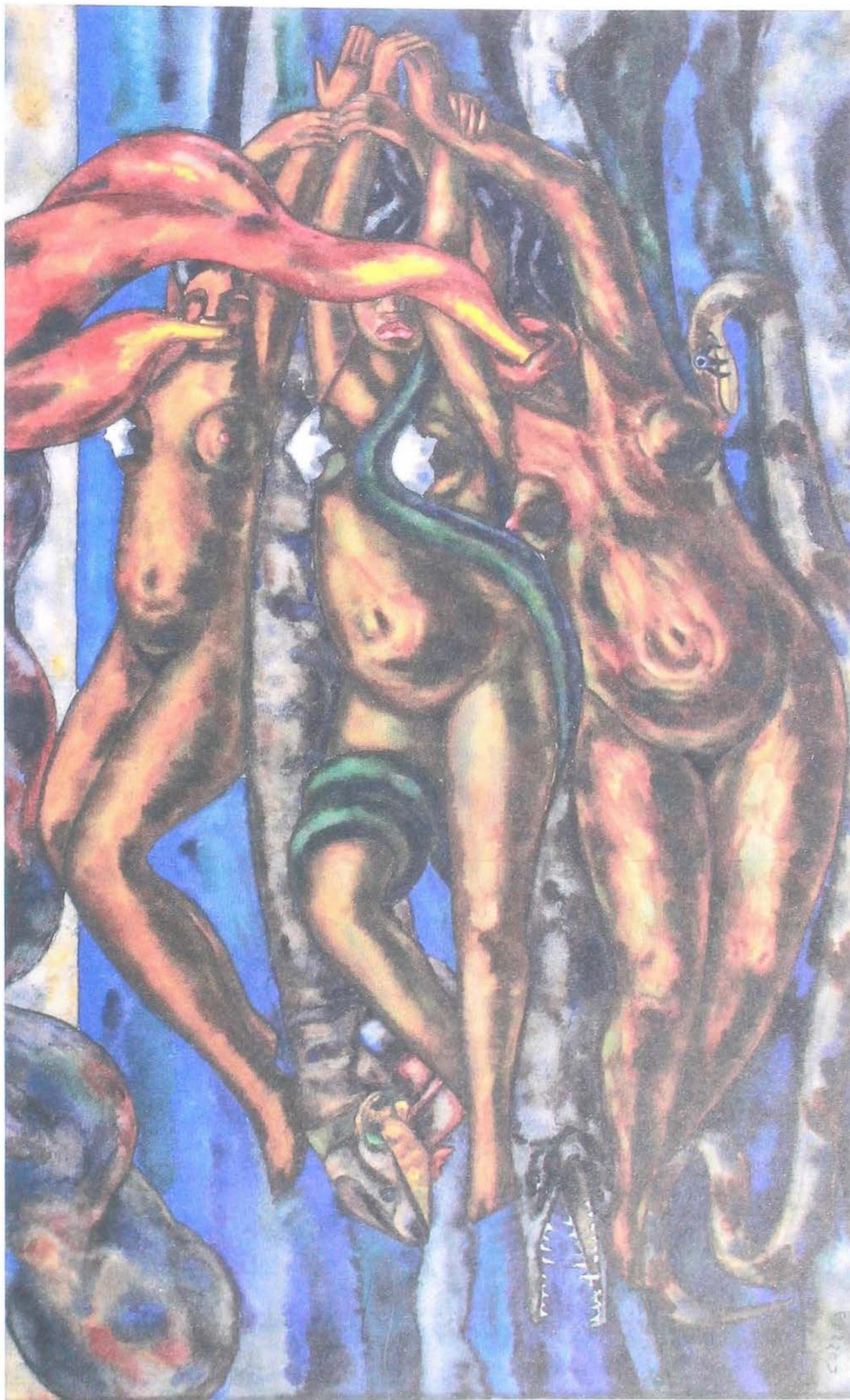
Dario Jiménez
Sin título
s.f.
Crayola sobre papel
23 x 32 cm



Leopoldo Richter
Sin título
s.f.
Serigrafía 42/49
56 x 40 cm



Carlos Correa
Nudo andino
s.f.
Acuarela sobre papel
45 x 76 cm



Hernando Tejada
Sin título
s.f.
Monotipo
24 x 32,5 cm



vista de Estudios Colombianos, que dirige con competencia cariñosa.

Su nuevo libro (cuya versión castellana, realizada con sensibilidad, por Alvaro Pineda Botero, llegó a mi poder antes que el estudio original en inglés y, por lo tanto, sirve de base para mis observaciones) se dedica a una tarea ambiciosa: indaga en ciento cuarenta y tres años de labor novelística dentro de su contexto político y social, con acento específico en la fascinante cultura oral. Ideología y oralidad se destacan entre los criterios dominantes.

La armazón teórica la facilitan las doctrinas de Walter Ong (sobre todo el estudio *Orality and Literacy*, 1982) y Gérard Genette. A pesar del intento laudable del autor de evitar "el vocabulario demasiado especializado" (pág. 18), se impone la conveniencia de explicar conceptos y términos que pueden frustrar al no especialista.

El estudio de Williams se divide orgánicamente en tres partes. La primera, "Colombia en su novela", brinda una visión panorámica del escenario histórico, examinando la ideología y la novela de los siglos XIX y XX. La segunda parte, "La novela en su región", parte principal, enfoca la tradición novelística de cuatro grandes regiones, o sea el altiplano cundiboyacense, la costa, Antioquia y el Cauca. Tal proceso organizador se basa en la convicción de que el contexto regional es factor fundamental para la interpretación de las novelas analizadas detalladamente en los capítulos 3, 4, 5 y 6. La última parte, "Después del regionalismo", se acerca al escenario de las dos décadas 1967-1987, con atención especial a la obra creadora de García Márquez y Moreno Durán.

El acento en la región como factor clave me parece uno de los muchos aciertos del libro de Williams. La nota 5 de la página 17 acerca del uso de los términos *regional* y *regionalista* sin "connotaciones derogatorias" refleja la convicción (que comparto con énfasis) de que ya es hora de liberarnos de la sonrisa peyorativa o, por lo menos, condescendiente que tiende a acompañar el término *regionalismo*. (Véanse mis ponencias del año 1991 en el Encuentro de Colombianistas

Norteamericanos, en Ibagué, y en el Simposio Internacional, en Santafé de Bogotá, auspiciado por la Academia Colombiana de la Lengua, el Instituto Caro y Cuervo y la Fundación Santillana para Iberoamérica).

El factor de la oralidad aporta otra dimensión estimulante. Me permito un pequeño reparo que puede ser útil para la segunda edición de este estudio importante. Creo que el nombre de Mejía Vallejo merece más prominencia en la última parte del libro. En un estudio que hace hincapié en la oralidad, la novela *Aire de tango* (premio Vivencias 1973) invita a un comentario más sustancioso de lo que sugiere el resumen sucinto "mitifica el cantor de tango argentino" (pág. 255). *Aire de tango* me parece una obra importante que ilustra, una vez más, el aporte antioqueño a la oralidad, aún en época reciente (el perspicaz estudio. *Proceso creativo y visión del mundo en Manuel Mejía Vallejo*, Bogotá, 1986, del padre Luis Marino Troncoso, S. J., fallecido hace un par de meses, merece un lugar en la bibliografía).

Williams une la visión panorámica al análisis a fondo. La lectura detallada de diecisiete textos produce conceptos estimulantes que amplían la perspectiva crítica del lector y que retan su imaginación. Aquí, desde luego, surge la pregunta "inevitable" sobre los criterios que rigen el desfile de las obras privilegiadas. No pretendo discutir la selección de estas obras, entre las llamadas "mejores" y las "representativas". La selección me parece válida en su totalidad, aunque tengo mis dudas sobre lo que Williams califica de "consenso", por lo que se refiere a la primera novela de Carrasquilla. Los críticos consagrados, tales como Curcio Altamar, García Prada, Maya, Zalamea Borda ("Ulises") y Uribe Ferrer, reconocen la supremacía de *La marquesa de Yolombó*, hito clave dentro de la producción carrasquillesca que justifica las diez ediciones de la novela, entre ellas una crítica (Bogotá, 1974), patrocinada por el Instituto Caro y Cuervo. Siento que Williams no analice detalladamente *La marquesa de Yolombó*, en lugar de *Frutos de mi tierra*, por más que reconozca (en pág. 177) que aquella

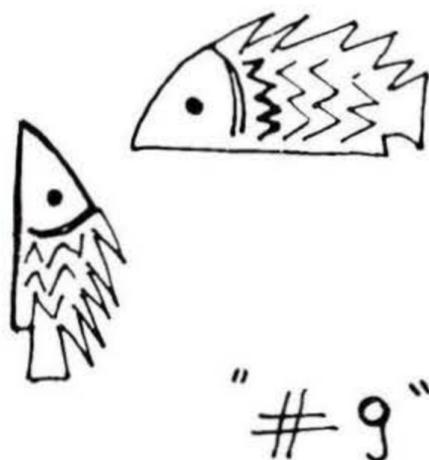
es "una de las obras más notables de la región" y "la obra cumbre de Carrasquilla, en el sentido de que en ella utiliza en su totalidad su interés por las tradiciones rurales y orales antioqueñas". No podría ser más perfecta la ilustración de una tesis central del estudio de Williams y del lugar legítimo que le corresponde, entre las obras privilegiadas, a *La marquesa de Yolombó*.



Un punto que se presta al debate es la tesis adoptada por Williams (pág. 18) acerca del fenómeno del "genio" en su relación con las "circunstancias ideológicas". Tengo que confesar que no me convence tal tesis aplicada con rigidez al escenario colombiano, mejor dicho a cualquier escenario. Declaraciones rotundas tales como la de que "en Colombia literatura es ideología" (pág. 20) o "desde 1840 [...] el valor estético ha estado supeditado a las contingencias políticas" (pág. 72), invitan a la modificación. Títulos representativos tales como la novela de Isaacs, así como la producción creadora íntegra de Carrasquilla, para no citar sino unos cuantos ejemplos de los más renombrados del escenario colombiano, obligan a cuestionar la tesis extremada. Se podría agregar que incluso el análisis de *El día señalado* reconoce el aspecto psicológico como factor clave. En general, en mi concepto, es difícil prescindir de la magia del genio, del "no sé que" que nos cautiva sin que entren necesariamente "circunstancias ideológicas". Me parece arriesgado permitir que la dimensión ideológica usurpe el terreno estético, columna vertebral de cualquier creación literaria. Ni contingen-

cias políticas ni circunstancias ideológicas, ni apreciaciones de "race, milieu et moment" pueden reemplazar adecuadamente al genio.

Finalmente una laguna, dos erratas y una indicación de índole bibliográfica: al mencionar *El antijovio* (pág. 25), una de tantas "historias verdaderas" de la época renacentista, se podría citar la penetrante edición crítica, dirigida por Rafael Torres Quintero, antiguo director del Caro y Cuervo, desaparecido hace varios años (véase Biblioteca de Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, vol. 10). La página 70 atribuye *Respirando el verano* erróneamente al año 1967, año de la publicación de *En noviembre llega el arzobispo* (de acuerdo con el original inglés). En la página 66 de la versión castellana se confunde a Jorge Zalamea con su primo hermano Eduardo Zalamea Borda ("Ulises"), autor de la novela *Cuatro años a bordo de mí mismo*, identificado correctamente por el original inglés (pág. 45). En cuanto a la indicación de índole bibliográfica que pueda enriquecer la segunda edición del estudio de Williams, siento que la versión castellana carezca de bibliografía y de índice, dos ingredientes esenciales que forman parte del libro en inglés. Las cinco cronologías (págs. 111, 161, 196, 239 y 269) son informativas pero no desempeñan la función de facilitar la consulta oportuna. Sería útil llenar esta laguna.



El libro de Williams constituye una labor sumamente meritoria. Se puede discrepar en cuanto a detalles, y evidentemente el que firma estas palabras tiene ciertas dudas que ha expuesto

con propósito sincero de amigo. No se puede negar la importancia de la labor, producto de largas lecturas y de investigación concienzuda. El resultado es un aporte sólido al campo crítico de la novelística colombiana. El autor declara modestamente, en el capítulo inicial, que su libro "no tiene por finalidad específica la comprensión de Colombia" (pág. 25). No cabe duda de que *The Colombian Novel, 1844-1987* (título ampliado en la versión castellana a *Novela y poder en Colombia: 1844-1987*) es un testimonio valioso que enriquece nuestra comprensión, y vehículo de referencia fundamental para los estudiosos de la narrativa colombiana.

KURT L. LEVY

Cada generación inventa sus clásicos

La poesía como idilio

La poesía clásica en Colombia

Oscar Torres Duque

Colcultura, Santafé de Bogotá, 1993, 74 págs.

El presente trabajo recibió el Premio Nacional de Literatura, 1992, otorgado por Colcultura, a la categoría de ensayo. Sin embargo no deja de ser sorprendente que, dentro de todo el bombo que se escuchó a raíz del pronunciamiento de los diversos ganadores, se habló de todo menos del premio al mejor ensayo, género siempre esquivo a cuanto desborde la medianía ambiental que logra disfrazarse a veces en el cuento y en la novela, al menos ante los ojos de los jurados.

Oscar Torres Duque, habitual, agudo y estimado colaborador de este Boletín, es su autor. A la avara nota biográfica que nos regala la solapa, debemos añadir que Torres es uno de esos enfermos de la literatura que a la figura de niño prodigio en el célebre "Cabeza y cola", hace ya más de diez años, añade un conocimiento riguroso de no pocos temas, entre ellos la

literatura medieval o el "clasicismo", de los cuales es catedrático universitario. Es él quien ha escrito que los lectores de estas reseñas son, en un noventa por ciento, sus mismos autores. Me atrevería a añadir que en pareja proporción constituyen (¿o constituimos?) la respetable cofradía de los poquísimos lectores de libros que todavía quedan en Colombia.

Ahora trataré de acercarme a este texto, un tanto difícil para quien no está acostumbrado a trasegar ni los rigores académicos, ni la crítica de poesía; y si bien hacer crítica de la crítica resulta ser negocio hartamente banal —lecturas de tercera o cuarta mano— la descripción somera de la obra —que es la que intentaré— ya no lo es tanto. Busco, además, en el ensayo, como Bataille, lecturas sorprendidas. La crítica debe ser también revelación, dice Oscar Torres. A mí un ensayo como este me descubre que el crítico —o el ensayista, si se quiere— por más riguroso que quiera ser, también es un rey del país de la imaginación, es un creador de criaturas novedosas, poéticas... Su lectura —supongo que la de muchos de nosotros lo es— es difícil debido a la inmensa condensación conceptual. Es el defecto (¿o virtud?) de quien tiene muchas ideas y poco espacio para expresarlas.

Un ensayo que parte de esta premisa: que la palabra *clasicismo*, en el contexto de la literatura colombiana no significa nada, que decir que una poesía es equilibrada, medida y serena no es decir nada o es un concepto inane, ya invita a la batalla. De hecho el autor, graduado en letras y profesor académico, empieza renegando de cualquier marco teórico. Pide además un adiós a las falsas escuelas y periodizaciones forzadas, así como a los mitos nacionales, en la historia de la literatura colombiana. La tradición se hace, quizá también se revela, pero no se constata y menos se "pesca". Una tradición, según Oscar Torres, no es una coincidencia idiomática, ni un "siempre sucio tráfico de 'influencias'", ni intereses temáticos comunes... La única tradición posible subyace en unos principios estéticos fundamentales. Tradición, en suma, es universo.

La primera pregunta que me intriga es si en realidad necesitaremos una